

Gancho ciego

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Pat Whelen

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Antonio Flórez Lage, 2021

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-07-6

Depósito legal: M-18.933-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Antonio Flórez Lage

Gancho ciego

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa,
yira, yira.*

*Aunque te quiebre la vida,
aunque te muerda un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.*

Tango de Enrique Santos Discépolo

Si se nos pide que citemos las ciudades más peligrosas del mundo, a muchos les vendrá a la cabeza Tijuana por las noticias que salen en la prensa, otros pensarán en algún lugar de Venezuela, Colombia o Brasil; pero pueden apostar a que ninguno incluirá jamás una urbe europea en la lista.

Los que observan el Puerto desde la distancia no imaginan lo que ocurre dentro y los trabajadores portuarios no hablan. Como hay demasiado dinero en juego, el truco reside precisamente en mantenerlo todo oculto. Sin embargo, los niveles de corrupción, contrabando, violencia y delincuencia lo sitúan entre las peores barriadas del planeta. Y no se encuentra en un país exótico, está justo aquí al lado. Un sencillo muro hace de frágil cordón sanitario y marca la frontera entre lo infectado y lo sano. Con solo atravesar el control de acceso de la Guardia Civil, abandonas la apacible vida del primer mundo y te adentras en una jungla siniestra y salvaje.

El Puerto es un engendro de hormigón y cemento que ocupa una extensión gigantesca. Sus miles de hectáreas están salpicadas de grúas en movimiento que provocan una permanente sensación de inestabilidad y peligro. El cho-

reco con arena a presión para eliminar la pintura de los buques en el astillero desprende un negruzco polvo tóxico que flota en el ambiente. El aire es denso, pesado como el plomo, y llueve pintura; las gotas se depositan sobre coches y edificios convirtiendo en lija las superficies lisas. Allí todo es hostil.

El Puerto se extiende a partir de una avenida principal de la que salen ramales hacia sus cuatro grandes áreas de actividad: los muelles de atraque, la terminal de contenedores, el astillero y los depósitos de combustible. A pesar de que desde la distancia no lo parece, allí todo es descomunal. Muelles kilométricos, buques portacontenedores mayores que un estadio olímpico, cruceros con más pasajeros que habitantes tiene un pueblo pequeño, plataformas petrolíferas que se elevan cual rascacielos, una terminal de contenedores del tamaño de cien campos de fútbol y depósitos de gasoil con suficiente combustible como para volar media provincia. Al sur de la avenida principal, en la zona más próxima al mar, es muy fácil perderse entre almacenes, naves industriales, solares y viejos edificios de oficinas. Allí trabaja el personal que hace que el complejo mecanismo rueda sin detenerse —estibadores, mecánicos navales, agentes de aduanas, consignatarios, navieras...—, junto con los funcionarios encargados de administrar y controlar su funcionamiento: Aduanas, Autoridad Portuaria, Capitanía Marítima...

La actividad en el Puerto nunca cesa, a diario salen y llegan barcos con tripulantes de lejanos países. Se mueven millones de toneladas de las más variadas mercancías, mientras un torrente continuo de vehículos circula sin parar entre la zona portuaria y la ciudad. Semejante flujo di-

ficulta el control, haciendo que las posibilidades de sacar tajada sean infinitas. Allí dentro nada es imposible, todo queda impune.

El Puerto es un estado independiente que se rige por sus propias normas. Para sobrevivir es necesario conocerlas y respetarlas.

Lunes

1

Son las doce y dos minutos, el lunes acaba de comenzar. La tenue luz de las farolas proyecta siniestras formas sobre las naves industriales del Puerto. Harry se encuentra en uno de esos grandes almacenes. Está descalzo, sentado con las manos atadas a la espalda, a merced de los que lo golpean. La sangre mana a borbotones de su nariz reventada mientras un millón de agujas incandescentes irradian los latidos de dolor hasta el cerebro. El puñetazo que le ha roto el tabique lo ha dejado desorientado, aturdido, pero la angustiada sensación de asfixia hace que se espabile. Como no puede respirar por la nariz, boquea desesperadamente intentando que el aire llegue a sus pulmones.

Pensaba que al tratarse de los japoneses se salvaría, que todo quedaría en un aviso, un escarmiento; pero ahora, con las pupilas dilatadas por el dolor y la oscuridad, es capaz de verlo todo muy claro. Se estaba engañando, va a morir. La única incógnita es saber el dolor que le espera. Por desgracia, cuando abres la caja de las verdades incómodas ya no puedes volver a cerrarla, y tiene la horrorosa certeza de que no va a ser rápido. No le van a quitar la vida, se la van a arrancar a golpes. Está a punto de sollozar,

compadeciéndose de sí mismo; pero no le da tiempo, un nuevo puñetazo lo saca de sus conjeturas. Ha sido en las costillas. Vuelve la angustiada falta de oxígeno y el grito se le queda mudo en la boca. Tiene los ojos desencajados; un hilo de baba sanguinolenta cuelga de sus labios. Pocos segundos después le destrozan las rodillas a martillazos. Loco de dolor, chillaba como un cerdo. Antes de poder recuperarse, recibe un nuevo puñetazo en el costado. Los golpes empiezan a ser tan seguidos que no le da tiempo a pensar. Eso es bueno, la mente solo trae terror.

Cuando los japoneses terminan con Harry, su cuerpo apenas es reconocible, solo un desfigurado montón de carne sanguinolenta. Sin cerciorarse de que ha muerto —aunque parece lo más probable—, el jefe da la orden de trocearlo. En la misma nave hay instrumental y maquinaria de sobra para ello. No es una operación profesional ni especialmente cuidadosa, pero tampoco hace falta; las instalaciones cumplen la normativa: son *de fácil limpieza y desinfección*. Meten los pedazos en bolsas de basura, y estas, a su vez, dentro de un par de enormes macutos de lona. Completado el proceso, lo trasladan al muelle pesquero en una furgoneta. Los marineros suben la escala de acceso al buque con los pesados petates en los que suelen llevar sus pertenencias sin levantar la más mínima sospecha.

A los pocos minutos, en plena oscuridad, zarpa el gran atunero de bandera japonesa. Abandona el Puerto muy lentamente, escoltado por el práctico.

En ese instante, el Gallego hace la llamada:

—Los japos han resuelto la mitad del problema. Ahora hay que ocuparse del otro...

—El socio de Harry está escondido dentro del Puer-

to. Alguien le dio el chivatazo... Necesitamos encontrarlo cuanto antes.

—Ese pobre idiota se va a arrepentir de haber logrado escapar. Aviso al Serbio.